



V JORNADAS NACIONALES DE HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata

Simposio: Historia cultural, historia intelectual, historia política: debates y propuestas

Coordinadora: Dra. María Luz González Mezquita (UNMDP)

La Historia Política en su complejidad: los aportes de la historia cultural y la historia intelectual.

Olga Echeverría (IEHS-UNICEN y CONICET)

Lucía Lionetti (IEHS-UNICEN)

Abstract

Como ha sostenido Stone, desde hace unas décadas se están evidenciando síntomas de cambios que abarcan tanto el tema central de la historia: de las circunstancias que rodean al hombre a la consideración de hombre en sus circunstancias; cambio en los problemas estudiados prestando mayor atención a lo cultural y lo emocional; cambio en las fuentes principales de influencia: de la sociología, economía y demografía a la antropología y psicología; cambio en el sujeto: del grupo al individuo; cambio en los modelos explicativos de la mutación histórica: de lo estratificado y unicausal a lo interconectado y multicausal; cambio en la metodología: de la cuantificación de grupo al ejemplo individual; cambio en la organización: de lo analítico a lo descriptivo; y cambio en la categorización del papel del historiador: de lo científico a lo literario.

En esta renovación metodológica y conceptual, la historia cultural y la historia intelectual están aportando algunos de los trabajos más sugerentes las últimas décadas, sumando nuevas preguntas y perspectivas. Pero, además han contribuido a la renovación y complejización de la historia política. Una “nueva” historia política que comporta una renovación y diversificación al mismo tiempo que una relegitimación de su objeto: de “la” política a “lo” político.

Ciertamente, ya son muchos los trabajos que abarcan en sus análisis tanto el terreno cultural, como el social y el político. Y, sin duda esos abordajes han permitido una mirada más compleja y sutil. En ese sentido, remitimos a Foucault, quien se interesó por la “política” en tanto no sólo se ocupaba de la acumulación de poder “económico” o la monopolización de la “violencia estatal”, sino que se relaciona con la producción del poder social.

Como investigadoras interesadas en el análisis de la política moderna nos parece oportuno y necesario atender a cuestiones centrales como el vínculo entre lo público y lo privado, la irrupción del individuo, las formas de sociabilidad, las prácticas políticas y las formas de institucionalidad, la renovación del lenguaje y la resignificación de palabras, la secularización de valores, la configuración de imaginarios y representaciones. Enfoques que si bien no siempre son estrictamente políticos, enriquecen los estudios de la historia política. A partir de esas múltiples perspectivas se puede ir captando la vastedad de lo político que lleva a la emergencia de una profusa producción historiográfica que pretende mostrar la esencia de su complejidad.

Introducción: en esta ponencia buscamos plantear algunas cuestiones principales que, entendemos, ayudan a pensar el impulso brindado por la historia intelectual y la historia cultural a la nueva historia política. Siguiendo algunos tópicos que hacen al estudio del vínculo entre intelectualidad y política, a partir de la modernidad, se pretende evidenciar la complejidad de lo político y la necesidad de recurrir a nuevas perspectivas y preguntas con la intención de aproximarnos a una lectura que permita conocer más acabadamente los actores y procesos en cuestión.

La complejidad de lo político: Tal como se reconoce, la historia cultural y la historia intelectual están aportando, desde hace algunas décadas, algunos de los trabajos más sugerentes que han permitido avanzar en la comprensión de procesos a los que la historia no había tenido aun en cuenta, o por lo menos no había otorgado centralidad en sus estudios. En esa innovación y fundamentalmente en la consideración “del hombre en sus circunstancias”, atendiendo a lo cultural y lo emocional y en la recuperación del individuo en tanto actor que merece ser observado, ha impulsado también una renovación en la historia política. Renovación que implica comprender la complejidad de lo político y aproximarse a sus múltiples dimensiones.

La crisis de los paradigmas que se produjo en los años setenta en las ciencias sociales permitió, por decirlo de una manera rápida, el retorno de lo político al centro de las preocupaciones historiográficas¹. Un retorno que estuvo lejos de ser una recuperación de la “vieja historia política”. Así lo entendieron quienes en 1988 dieron a luz *Pour une histoire politique*. Con colaboraciones de Rémond, Berstein, Rioux, Livillain, Becker, Jeanneney, Sirinelli, Winock, Prost, Coutrot, Milza y

¹ Marcel Gauchet, “Changement de paradigme dans les sciences sociales”, *Le Débat*, n° 50, 1988. Cabe señalar que en ese artículo se comenta que “del paradigma ‘crítico’, dominante en los sesenta y los setenta, que vertebraba un sistema con tres ejes -la lingüística como disciplina modelo, la sociología y la etnología como disciplina estrella en el terreno de las aplicaciones, y el marxismo y el psicoanálisis como teorías de referencia-, se pasaba a un nuevo paradigma a través del “retorno de la conciencia”, de la rehabilitación de la parte explícita y reflexiva de la acción”.

Azéma se afirmó que esa “nueva” historia política comportaría una renovación y diversificación al mismo tiempo que, una relegitimación de su objeto: de “la” política a “lo” político².

Aunque pueda parecer paradójico, la carencia de un paradigma ha animado debates muy estimables y perspectivas analíticas que superan límites que de otro modo se hubieran impuesto. En principio hubo algunos acuerdos, como el rechazo a los esquemas más burdos del positivismo, el economicismo materialista y el idealismo metafísico³, y la necesidad de reconocer que esta historia debe, imperiosamente, dialogar con las otras especialidades históricas y sociales más próximas. Allí es donde se producen los encuentros más inspiradores de lo político.

Desde ese avance Peter Burke reclama no prestar atención sólo a las ideas de los pensadores más originales de una época determinada sino al pensamiento circulante en cada época, “el de todos”⁴, tanto como a los procesos a través de los cuales se difunden las representaciones mentales e ideologías desde los polos que le daban origen hasta la base social que los recibe, a las transformaciones que sufre en ese recorrido y, particularmente, atender el grado de eficacia en su recepción. Estos análisis han llevado a detectar a quienes operan como “mediadores culturales” que vinculan a creadores y emisores con los diversos colectivos de receptores. Autores como Touchard, Prélot o Lovejoy y más recientemente Winock han ofrecido en sus trabajos un tratamiento sobre esos niveles o peldaños para reconstruir la transmisión de las ideas⁵. Precisamente un campo que queda abierto para seguir explorando es el de la recepción de las ideas. Ese tránsito entre la aceptación, resignificación y la negociación que nos

² Citado por: Jordi Canal, “Maurice Agulhon: Historia y compromiso republicano” en **Historia Social**. Núm.29, 1997.

³ Javier Fernández Sebastián, “Perspectivas actuales en Historia de las Ideas Políticas: Territorio, Metodología, Transdisciplinariedad” en Jorge Riezu Martínez y Antonio Robles Egea (Eds.), **Historia y Pensamiento Político. Identidad y Perspectivas de la Historia de las Ideas Políticas**. Universidad de Granada, p. 52.

⁴ Peter Burke, **Sociología e historia**. p.93.

⁵ J.Touchard, **Historia de las ideas políticas**. Madrid, Tecnos, 1961. A.O.Lovenjoy, **La gran cadena del ser. Estudio de la historia de una idea**. Barcelona, Icaria, 1983. M.Prelot y G.Lrscuyer, **Historie des idées politiques**. París, Dalloz, 1986, (9ª edic.), M.Winock, “Les idées politiques”, en **Pour une histoire politique**. R.Rémond (dir.), París, Seuil, 1988.

acerca a lo expuesto por Michel de Certeau al considerar que el consumo de una obra cultural es “otra producción”.

El enlace entre la historia de las ideas, la historia intelectual, la historia social de las ideas y la historia cultural ha sido planteado también por Robert Darton, sin duda uno de los más claros exponentes de un relato histórico que se mueve con fluidez en el campo de la historia cultural e intelectual sin descuidar la presencia de la política⁶. Indudablemente en ese complejo pero productivo cruce de historia cultural e intelectual con la búsqueda de nuevos caminos en la historia política, es referencial el caso de Maurice Aghulon, un historiador sensible como para abarcar con sus trabajos el terreno cultural, social y de la política. En una obra comprometida con los retos y problemas de Francia y Europa de la segunda mitad del siglo XX, puede ser presentado como la figura más relevante de la tercera generación de *Annales* en el ámbito de la historia política contemporánea – sin desconocer a Michel Vovelle, Marc Ferro o François Furet⁷.

Por otra parte, la renovación en el campo de la historia política condujo a un replanteamiento de su contacto con la ciencia política (comprendida en su más amplio alcance)⁸. Como explica Javier Fernández Sebastián, al estudiar históricamente las ideas se recurre frecuentemente al establecimiento de clasificaciones: los tipos ideales de la legitimidad política, los modelos del liberalismo, las variantes ideológicas del socialismo, los tipos de cultura política, de partidos y sistemas de partidos, las diferentes líneas de conceptualización de algunas nociones clave como las de libertad, soberanía, representación, etc. son algunos de los múltiples objetos sobre los suele aplicarse esta lógica clasificatoria, una lógica que los historiadores utilizan constantemente a la hora de ordenar el material o de estructurar su discurso historiográfico⁹.

⁶ Robert Darton, “Intellectual and Cultural History”, **The Past Before Us. Contemporary Historical Writing in The Unites States**. M.Kammen, ed., Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1980.

⁷ Peter Burke, **La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989**. Barcelona, Gedisa, 1993.

⁸ W.T.Bluhm, M.G. Hermann, W.M.Murphy, J.S.Nelson y L.W.Pay, **Political Science**, nº 18, 1985, p.252.

⁹ J. Fernández Sebastián, Op.Cit., p.63.

En esa búsqueda de nuevos interrogantes a partir de herramientas conceptuales y enfoques metodológicos renovados han llevado a la escuela anglosajona a incursionar por una historia de las ideas a la que prefieren llamar *historia intelectual*. Una historia que, como afirma Stromberg, da cuenta de la conexión entre las ideas, el contexto social e intelectual y de las matrices ideológicas del pasado¹⁰.

Una historia intelectual que recibió un impulso renovador a partir de la propuesta de Quentin Skinner y sus seguidores de la escuela de Cambridge. La *New History of Political Thought*, más allá de las controversias que ha generado, ha propuesto y consolidado sus métodos analíticos en las últimas décadas. En su análisis sobre el vocabulario político de cada época como límite intelectual comentó que: “El problema al que se enfrenta todo agente que desee legitimar lo que está haciendo al mismo tiempo que logra lo que se propone no puede ser, sencillamente, el problema instrumental de amoldar su idioma normativo para que se adapte a sus proyectos. Tiene que ser, en parte, el problema de amoldar sus proyectos para que se adapten al idioma normativo disponible”¹¹.

Así como las mentalidades son el horizonte de las ideas políticas y sociales, el lenguaje opera como soporte de lo que se quiere expresar y comunicar, en tanto es la sede natural en la que se constituyen los significados. Esas categorías impresas y sus signos nos aproximan a la *historia conceptual* que busca develar el significado preciso de lo que se pretende decir y los términos fundamentales con los que se articula el sentido de las representaciones sociales, los discursos y las normas que se recogen del pasado. Su propósito principal sería el de dar razón a las variaciones terminológicas y semánticas que dotan de dinamismo a las estructuras del pensamiento, del nacimiento y muerte de los conceptos y especialmente, de aquellos desplazamientos semánticos, apenas perceptible en el corto y medio plazo. Se pretende detectar, en definitiva, cómo los conceptos o categorías que no mantienen un valor ni una posición perenne a lo largo del

¹⁰ Roland N. STROMBERG, **Historia intelectual europea desde 1789**. Madrid, Debate, 1990, p.15.

¹¹ Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno. I. El Renacimiento*. México, FCE, 1985, pp.10-11.

tiempo, modifican su significación en relación con los cambiantes constelaciones de sentidos.

Un enfoque metodológico que se inspira en lo que Rorty calificara con agudeza como el “giro lingüístico”¹². La referencia al giro lingüístico remite a diferentes teorías o, si se quiere, a tradiciones también distintas dentro de la filosofía del lenguaje. Entre ellas, la tradición anglosajona, influida por Wittgenstein, J.L.Austin y G.Ryle; la francesa, que parte de Saussurey llega hasta Derrida; y la alemana, representada por la tradición hermenéutica, de Apel, Habermas y Gadamer.

En esa búsqueda por precisar los marcos de la constitución histórica de los conceptos en Estados Unidos, J.G.A.Pocock, el referente más claro de la llamada *Nueva Historia del Pensamiento Político*, en su obra más conocida *The Machiavellian Moment* expuso su análisis del lenguaje político donde no sólo se buscó la génesis lógica, sino también histórica. En sus trabajos se evidencia una búsqueda de la “problemática de la intertextualidad” entre los autores y las obras del pensamiento político. Se trata de establecer las conexiones, préstamos e influencias entre textos de diferentes autores y épocas, siguiendo aquella afirmación de U. Eco de que “sólo se hacen libros sobre otros libros y en torno a otros libros”¹³.

Hans-Georg Gadamer o Paul Ricoeur, por su parte, avanzaron un paso más buscando fundamentar filosóficamente las teorías generales de la interpretación partiendo de esa larga tradición hermenéutica que afirman que los textos y documentos ocultan su verdadero sentido a menos que se los indague buscando ese fin. Así la interpretación sería “aquel trabajo del pensamiento que consiste en descifrar el sentido oculto en el sentido aparente, desplegar los niveles de significación en la significación literal”¹⁴.

De todos bien vale señalar, en ese sentido, las reflexiones de Roger Chartier sobre aquellas abruptas formulaciones del *lingüistic turn*, que consideran que no existen más que los juegos del lenguaje y que no hay realidad fuera de los

¹² Rorty, *The Linguistic Turn...*

¹⁴ Paul Ricoeur, **Tiempo y narración**. Siglo XXI, México 1996, p.637.

discursos. Como lo señala, al recuperar a de Certeau, Marín y Foucault, en sus trabajos, buscaron articular la construcción discursiva del mundo social con la construcción social de los discursos. O, dicho de otro modo, de inscribir la comprensión de los diversos enunciados que modelan las realidades dentro de coacciones objetivas que, a la vez limitan y hacen posible su enunciación. El “orden del discurso”, según la expresión de Foucault, está dotado de eficacia: insta divisiones y dominaciones, es el instrumento de la violencia simbólica y, por su fuerza, hace ser a lo que designa. Pero ese orden no carece de límites ni de restricciones. Los recursos que los discursos pueden poner en acción, los lugares de su ejercicio, las reglas que los contienen, están hechos histórica y socialmente diferenciados. De allí el acento puesto sobre los sistemas de representaciones, las categorías intelectuales, las formas retóricas que, de maneras diversas y desiguales, determinan la potencia discursiva de cada comunidad¹⁵.

Fue precisamente Foucault quien se interesó por la “política” en los términos que la formulaba Alexis de Tocqueville, en tanto no sólo se ocupaba de la acumulación de poder “económico” o la monopolización de la “violencia estatal”, sino que se relaciona con la producción del poder social. Coincidió con Habermas en otorgar primacía y centralidad al papel de la sociedad civil en el surgimiento de la modernidad política a la que definieron en términos de comunicación. Sin embargo, según estimó, esas formas asociativas de la vida las relacionaban con el surgimiento de una sociedad “disciplinaria”. Según su tesis, la democracia trajo consigo la inclusión a la vida pública de los antiguos excluidos y, junto con ello, la un nuevo “modelo cívico” basado en formas asociativas y cívicas de control, arraigadas en estrategias indirectas, extensivas y descentralizadas, más adecuadas ante el advenimiento de la “sociedad de masas”.

Mientras para Habermas, la conformación de la esfera pública de opinión generó prácticas democráticas en la sociedad civil, arraigadas en la noción de igualdad y libertad política. Sostiene que la formación de una sociedad civil

¹⁵ Roger Chartier, **Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin**. Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1996, p.8

burguesa y una esfera pública fue decisiva por cuanto transformó los principios normativos y las prácticas comunicativas tanto de la elite como de las clases populares.

Como dice Pierre Rosanvallon, la legalidad política marcó el ingreso definitivo en el mundo de los individuos y la consagración del ciudadano. En torno a la ciudadanía se han formulado los diferentes discursos teóricos clásicos sobre la democracia y los derechos (Maquiavelo, Hobbes, Locke, Rousseau) así como los actuales debates acerca de la configuración de la comunidad política (comunitaristas, republicanos, liberales, etc.). Este concepto remite a la constitución de la sociedad civil, entendida como un mapa de instituciones que pesan y definen en el espacio público según su grado de articulación cultural, de poder económico y de tradición de gestación. El espacio público es ocupado por quienes están en condiciones culturales y materiales de hacerlo¹⁶. Sobre todo, por quienes pueden lograr una permanencia en el tiempo representando sus intereses y reuniendo voluntades que lleva a considerar una presentación amplia de la idea de ciudadanía más allá, de la estricta y restringida, cuestión electoral¹⁷.

Ahora bien, como investigadoras interesadas en el análisis de la política moderna, entendemos que se vuelve necesario atender cuestiones centrales como el vínculo entre lo público y lo privado, la irrupción del individuo, las formas de sociabilidad, las prácticas políticas y las formas de institucionalidad, la renovación del lenguaje y la resignificación de palabras, la secularización de valores, la configuración de imaginarios y representaciones. Enfoques que enriquecen los estudios de la historia política. Y ha sido en esos estudios donde los aportes de la historia intelectual y la historia cultural han permitido captar la vastedad de lo político.

¹⁶ Beatriz Sarlo, "Educación: el estado de las cosas" en **Punto de Vista**, número 63, Buenos Aires, 1999.

¹⁷ Sobre las diferentes críticas y combinaciones para redefinir el término ciudadanía existe una vasta y sugerente bibliografía de la que se puede mencionar trabajos centrales, además de los aportes del citado Pierre Rosanvallon, trabajos como: Chantal Mouffe (comp.), **Dimensions of Radical Democracy. Pluralism, Citizenship, Community**. Verso, Londres, 1992. Salvatore Veca, **Cittidinanza. Riflessioni filosofiche suul'idea di emancipazione**. Feltrinelli, Milán 1990. Ronald Beiner (comp.), **Theorizing Citizenship, State**. University of New York, Albany, 1995.

Como sostiene Guerra, a partir de la modernidad lo que triunfó fue una nueva legitimidad, un nuevo imaginario del cuerpo político, un nuevo lenguaje, nuevos valores e, incluso, la concepción de la política como campo especializado de la actividad humana. Esa nueva conceptualización considera a lo político como un campo esencial de la actividad humana¹⁸. La modernidad política es ante todo soberanía de la colectividad política y derechos individuales. La soberanía se convierte en el origen de toda ley, toda autoridad, todo valor. Individualismo y contractualismo están estrechamente unidos en la nueva concepción de la colectividad y del descrédito del antiguo imaginario del cuerpo político. La emergencia de la *rex pública*, fundada en el principio de la soberanía popular, planteó la urgencia de precisar los criterios para estipular la inclusión o, en su defecto, la exclusión a la condición de ciudadano. El irrefrenable ingreso a la democracia planteó incertidumbres y nuevos desafíos para una dirigencia que concebía lo político como la arena donde se libraban las batallas de la lucha por el poder. La cuestión era que si aquella muchedumbre que no había adquirido la condición de pueblo ingresaba a lo que Furet llamó la *ilusión de la política* no desencadenara la inestabilidad y el desorden. Definir quiénes eran los ciudadanos y quiénes quedaban fuera de la *civitas* fue un proceso de largo aliento. Si durante gran parte del siglo XIX se buscó lo que Benjamín Constan llamó, el *juste milieu*, la policidad liberal impuso la necesidad histórica de superar las barreras de la exclusión en el ejercicio de la ciudadanía.

Una de las características más evidentes de la modernidad política fue la complementariedad de los conceptos de sociedad y Estado. Ambas nociones hacen referencia a la progresiva superación de una organización basada en órdenes y a la institución de la igualdad jurídica entre los individuos, entendiendo a éstos como unidad elemental de la sociedad y, por lo tanto, como lugar central desde el cual dar cuenta de su constitución y su funcionamiento¹⁹. La ciudadanía²⁰

¹⁸ Francois Xavier Guerra, en **Anuario IEHS** N° 18, Tandil, 2003.

¹⁹ Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ipola: **Estado y sociedad en el pensamiento clásico**, Buenos Aires, Cántaro, 1987.

²⁰ Cabe destacar que, a pesar de ciertos cuestionamientos, el esquema interpretativo sobre la ciudadanía de T.H.Marshall en **Class, Citizenship and Social Development**, analizada en tres dimensiones: la civil, la política y la social, continúa siendo enriquecedora para la discusión teórica.

se presenta como un estatus igualador que nivela las diferencias naturales y que proporciona un punto de referencia a partir del cual elaborar aspiraciones y metas comunes, trascendiendo los diferentes puntos de partida en el espacio político. El problema es que, ese punto de partida es el mismo que determina la inclusión o exclusión de la ciudadanía²¹.

La complementariedad contradictoria que se establece entre el Estado y la sociedad civil se convierte en definitiva a la hora de entender la naturaleza de lo político. Habrá entonces que comprender las lógicas del poder en tanto producción del poder social, según los términos de Foucault y los elementos constituyentes del campo político, las formas de acción desarrolladas a partir de la experiencia (o *habitus*), el capital explicitado por los actores como legitimantes de las acciones y de posibles liderazgos, las representaciones, la ciudadanía, las formas de institucionalización, los lenguajes e identidades políticas. En este sentido, entendemos que la vinculación entre las dimensiones políticas, públicas y privadas es importante a la hora de la definición identitaria. Como ha sostenido Norberto Bobbio las esferas públicas y privadas se encuentran mucho más asociadas de lo que habitualmente suele suponerse y propone atender a dos procesos paralelos como son la “publicitación” de la vida privada (en tanto implica la intervención de los poderes públicos en ámbitos más domésticos) y la privatización de lo público²². Si por *esfera pública* entendemos tanto el territorio discursivo de la deliberación y la acción colectiva que tiende al supuesto “bien común”, por fuera de los límites del hogar y el parentesco, y en el marco de instituciones sociales (asociaciones de ciudadanos, partidos políticos, prensa escrita, ceremonias públicas y otras organizaciones), se puede dar luz a la acción de colectivos particulares como en nuestro caso los intelectuales.

Siguiendo a Bobbio se puede distinguir la esfera pública de lo público, involucrando la primera las áreas de competencia del poder político (Matilde Ollier llama a esta esfera política), en tanto lo público es la esfera que controla el poder

²¹ Cristina Sánchez Muñoz, “Ciudadanía y derechos humanos. Una mirada desde el género” en **Mujeres de dos mundos: ciudadanía social de las mujeres latinoamericanas**. Coordinadora Pilar Pérez Cantó, Madrid 2003.

²² Norberto Bobbio: **Democracy and Dictatorship. The nature and limits of state power**, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989

político. En el otro extremo se halla la esfera privada que abarca áreas tales como la familia, las amistades, el barrio, los vínculos afectivos elegidos. Ollier propone denominar como esfera pública al espacio social formado por la escuela, la universidad, la iglesia, los ámbitos de desarrollo y sociabilidad, y de cultura²³. De allí que el concepto de esfera pública y su relación con la acción política son fundamentales para analizar el papel individual y colectivo de los actores políticos y sociales.

Los intelectuales como actores políticos

A partir de esta cuestión se nos plantea un interrogante: quiénes son estos actores políticos a los que caracterizamos como intelectuales. La respuesta supera la mera referencia a un actor implícito en tanto debe atenderse las instancias y modalidades de constitución. Es necesario prestar atención a los aspectos subjetivos y objetivos, como la inserción en la estructura socio-político y económica²⁴.

A partir de nuestra preocupación por la vinculación entre intelectualidad y política se nos impone pensar la propia definición social de los intelectuales. De ese interrogante se desprenden un abanico de cuestiones como el interés por precisar cuál era su estricta y verdadera influencia, la dimensión de su accionar y hasta de su propio poder. Analizar si sistematizaban ideas y proyectos, colaboraban con el desarrollo de algunas áreas estatales y ayudaban a dar forma a la opinión pública. Determinar en qué medida contribuyeron por sus ideas y por la difusión pública que hicieron de las mismas a la transformación del sistema político y de las pautas sociales. En definitiva, hasta qué punto ese tipo de accionar los colocaba en un espacio privilegiado de poder (como muchos de ellos pretendían) y, en tal sentido, indagar si no sería acaso posible pensarlos atrapados en una compleja y sutil trama de subordinaciones.

²³ María Matilde Ollier: **La creencia y la pasión**, Buenos Aires, Ariel, 1998

²⁴ Romero, Luis Alberto: **Los sujetos populares urbanos como sujeto histórico**, Buenos Aires, Cisea, 1988.

Esto nos lleva entonces a pensar en la propia definición social de los escritores y artistas. Se trata de un grupo impreciso, de definición social ambigua, muy restringido numéricamente y cruzado por diferentes niveles de reconocimiento. ¿Es una categoría social específica o se trata de un grupo extremadamente heterogéneo que se identifican (aunque siempre conflictivamente) bajo la ilusión de una cohesión otorgada por la propia definición de intelectuales y por la conciencia de considerarse “pares”?

Su constitución como un cuerpo con reconocimiento social, político e ideológico es el producto de las innovaciones que aporta la modernización política. La racionalidad de la política moderna plantea, entre otras cuestiones, una nueva mirada sobre la participación de los intelectuales en los espacios de sociabilidad. Para considerar esta participación en la republicanización de la política²⁵ se impone una mayor precisión conceptual a la hora de referirse a esta categoría analítica.

Al enunciar la condición de *intelectuales* partimos de la definición amplia que presenta José Álvarez Junco. Según lo expone, el rasgo fundamental del intelectual es que *crea, administra o difunde cultura*, esto es, signos, símbolos, palabras, dotados de un significado aceptado por una comunidad humana; el intelectual es, por encima de todo, un *publicista o educador* en el sentido más

²⁵ Paula Alonso, “En la primavera de la historia. El discurso político de la década del ochenta a través de su prensa”, **Boletín del Instituto de Historia Argentina Y Americana “Dr. Emilio Ravignani”**. FF y Letras, UBA, n° 15, 1er. sem., 1997. Cabe destacar que la sugerente renovación en la historia política que estudia la conformación de la esfera de opinión pública y recupera la acción de la sociedad civil, ha sido un aporte para la línea de nuestros trabajos. Entre esos trabajos podemos destacar: Hilda Sabato y Alberto Lettieri (comps), **La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces**. México, FCE, 2003. Hilda Sabato, “Citizenship, Political Participation and the Formation of the Public Sphere in Buenos Aires, 1850s-1880s”, **Past and Present**, agosto de 1992, núm. 136 (publicado en **Entrepasados**, 1994, año IV, núm. 6). Hilda Sabato, y Emma Cibotti, “Hacer política en Buenos Aires: los italianos y la escena pública porteña 1860-1880”, **Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”**, primer semestre de 1990, tercera serie núm. 2. Marcela Ternavasio, **La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires 1810-1852**. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. Pilar González Bernardo, **La création d’une nation. Histoire politique des nouvelles appartenances culturelles dans la ville de Buenos Aires entre 1829 et 1862**. Marta Bonaudo, “De representantes y representados: Santa Fe Finisecular (1883-1893) en, Hilda Sabato (coord.), **Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina**. México, FCE, 1999. Etienne Tassin, “Identidad, ciudadanía y comunidad política: ¿Qué es un sujeto político? En Hugo Quiroga y Susana Villavicencio y Patrice Vermeren, **Filosofía de la ciudadanía. Sujeto político y democracia**. Rosario, Homo Sapiens, 1999. Una perspectiva de análisis que atiende a la conformación de la esfera pública en la frontera nortpatagónica se encuentra en: Leticia Prislei, **Pasiones sureñas. Prensa, cultura y política en la Frontera Nortpatagónica (1884-1946)**, Buenos Aires, Prometeo Libros/Entrepasados, 2001.

amplio de estos términos²⁶. Una definición que, por tanto, abarca a sectores muchos más amplios que aquella que consideraría como intelectuales únicamente a los artistas o pensadores creativos.

Como sostiene Foucault, con el correr de los tiempos los intelectuales han adquirido una forma más concreta y específica de actuación. Surgió así el intelectual “específico” en oposición al “universal”. El intelectual “universal” deriva del jurista-notable y encuentra su expresión más plena en el escritor, portador de significaciones y de valores en los que todos pueden reconocerse. El intelectual “específico” deriva del “científico-experto” que estaba entre bambalinas desde finales del siglo XIX²⁷.

Por su parte Elliot Freidson, apuesta por una creciente confluencia teórica entre los términos “intelectual” y “profesional”. Considera que en realidad ambos son similares y que se diferencian en el énfasis que colocan en determinados aspectos, como consecuencia de que, obviamente, provienen de realidades y tradiciones distintas. El término “intelectual”, destaca fundamentalmente el vínculo de determinados grupos con el mundo de la abstracción y de la cultura, mientras que en lo organizativo e institucional presupone su pertenencia a los *corp d'état*. Por su parte el término “profesión” destaca el papel de los mecanismos mediante los catalogados como intelectuales, obtienen sus recursos²⁸. Es evidente que este autor retomó los avances de Safarti Larson, quien en su momento aplicó las teorías de Gramsci sobre los intelectuales y el mundo de la cultura, al surgimiento y evolución de élites y cuerpos profesionales que acompañaron el proceso de secularización propiciado por los estados.

Otros, en cambio, utilizaron los mismos instrumentos pero para oponerse a la dinámica que paulatinamente iban asumiendo esas políticas de estado. Es decir, estos intelectuales asumieron, de manera más o menos directa, compromisos y demandas políticas y alcanzaron diferentes niveles de

²⁶ José Álvarez Junco, “Los intelectuales: anticlericalismo y republicanism” en Marcelo TUÑÓN LARA, **Los orígenes culturales de la II República**. Siglo XXI, Madrid, 1993, p. 102.

²⁷ Cfr. Michel Foucault, **Estrategias de poder**. Obras esenciales. Vol. II, Paidós, Barcelona, 1992, pp. 49 a 51.

²⁸ Elliot Freidson, **Profesión of Medicine: A Study in the Sociology of Applied Knowledge**, Harper and Row, New York, 1970. Magalli Safartti Larson, **The Rise of Professionalisms: A Sociological Analysis**. University of California Press, Berkeley, 1979.

identificación tanto con la política oficial como con posturas diferentes. Pero, lo cierto es que colaboraron con la conformación y funcionamiento del sistema político, alcanzando en algunos momentos una aparentemente muy significativa repercusión.

Como señalábamos en principio usamos el término intelectual en su sentido socio-cultural (y si se quiere funcional) que atiende al intelectual vinculado, de algún modo y según el momento y el espacio que ocupa, a las necesidades de formación social y dando cuenta de los medios a que pertenece, de sus condiciones de producción y de audiencia²⁹. Sin embargo, dentro de ese gran marco hay lugar para otras definiciones más vinculadas a lo coyuntural y lo político que con cierta articulación se auto definen frente a un acontecimiento, un sistema político o una problemática. A partir de su carácter de productores ideológicos desarrollan una vocación autoproclamada de poder dar soluciones. En ese sentido, se manifiestan en nombre de la moral, de algunos valores y asumen una actitud militante en lo político. No sin tensión viven cruzados por la necesidad de desarrollar un discurso intelectual, artístico o científico (según el perfil de cada uno) que no puede ser diametralmente opuesto a su “discurso militante”, discurso de barricada como lo llama Neiburg³⁰. Pero, siempre legitimando sus proyectos en nombre de la inteligencia y haciendo uso de su capital cultural. Hacemos referencia a lo que Pierre Bourdieu llama luchas por el monopolio de hacer ver, de hacer creer, de hacer conocer y reconocer y de imposición de las divisiones consideradas legítimas del mundo social, es decir se trata de intentos de imposición de una visión del mundo basada en principios de división³¹

²⁹ Paul Aubert: “Intelectuales y cambio político” en J. L. García Delgado: **Los orígenes culturales de la II República**, Madrid, Siglo XXI, 1993, pp.27-28

³⁰ Federico Neiburg,: **Los intelectuales y la invención del peronismo**, Buenos Aires, Alianza editorial, 1998., pp.26-27. Neiburg sostiene que al contrario de lo que sucede con el discurso científico y reflexivo, la eficacia de las representaciones políticas se asienta en buena medida en el éxito con que logran ocultar los supuestos subyacentes a su propia construcción. El discurso político hace explícito el sistema de diferencias de opinión que lo separa de sus enemigos. Se trata de un discurso basado en una retórica de calificaciones y descalificaciones. Sobre estas cuestiones pueden verse también Louis Pinto: “La vocation del’universel; la formation de la representation de l’intellectuel vers 1900”, **Actes de la recherche en Sciences Sociales**, 55, 1984 y Marie Ymonet: “Les heritiers du capital; l’invention du marxisme en France “, en Ibid.

³¹ Pierre Bourdieu: **Ce que parler veut dire; l’économie des échanges linguistiques**, París, Fayard, 1982, p. 137 y ss.

Indudablemente los intelectuales son figuras sociales cruzadas por la fragilidad de su propio papel, por sus pretensiones de guías y profetas, por su elitismo pero también por su ambigüedad social. ¿Cómo se resuelven los problemas de identidad, de ubicación, de actuación y de representación en la sociedad de una burguesía consolidada pero también en la sociedad burguesa en crisis? ¿Qué tipo magisterio se les reconoce? ¿Qué tipo de crítica le valen sus ambiciones de la conciencia de la sociedad? ¿Cómo asumen esa actitud militante los intelectuales y artistas más vinculados con la bohemia que suelen no compartir ese compromiso que ven como limitante y, en cambio, reivindican una rebeldía romántica?.

Tensiones y ambigüedades en la constitución de un grupo que en gran medida como ya ha sido explicado por Chartier, son generadas por el propio Estado que no puede asimilar a todos los profesionales. Un aspecto a plantear es la doble dimensión del problema histórico de “los intelectuales frustrados”: por un lado, explorar las representaciones, adecuadas o ilusorias, que los grupos se hacen tanto del mercado de posiciones sociales como de las razones de su frustración o de las estrategias a poner en práctica en contra de la descalificación; por el otro, poner en su lugar las transformaciones de la cultura social, no percibidas –o mal percibidas- por los sujetos sociales y que están inducidas por las resistencias a la devaluación de los títulos o a la desclasificación de las colocaciones. Se trata entonces de comprender las relaciones que existen entre el espacio social y el imaginario social así como las formas en que los sistemas de representaciones dicen y omiten las mutaciones de una sociedad³².

La existencia de un “proletariado intelectual” conlleva a un conflicto entre unos actores que buscaron cerrar filas maximizando su poder, influencia y *status* con el propósito de excluir y los otros que, movidos por el afán de la inclusión, visualizaban en el ingreso a las filas del funcionariado del Estado una instancia de lo que estimaban como parte de la “carrera abierta al talento”. La obtención y el mantenimiento de prestigio social son parte de esas expectativas que los sectores

³² Cfr. Roger Chartier, **El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural**. Barcelona, Gedisa Editorial, 1992. p.167

intelectuales aspiran conseguir y que van acompañadas por una serie de estrategias de clausura social que asegurara el *status de honor* para unos pocos³³.

De modo que se puede especular que la obtención del *status de honor* conlleva a una pugna al interior del círculo intelectual al tiempo que se genera un proceso de clausura social y de definiciones político-ideológicas.. El acceso a ese círculo de privilegio social y político, a partir de la demostración pública de la disposición de saberes y conocimientos, implica el cumplimiento de ciertos “ritos de institución”³⁴. Esa investidura simbólica que otorgan legitimación a esta condición también plantea una estrecha relación entre el ámbito académico que deviene en feudo de los intelectuales y su emergencia y consolidación como grupo referente de opinión³⁵.

Referentes de opinión que se proyectan en instancias políticas, públicas y privadas, y en distintos momentos históricos, conformando su identidad política producto de la interacción entre estas distintas esferas, con sus aprendizajes y resignificaciones. Aprendizajes políticos que no sólo obtienen en el plano de la esfera política, sino también de la esfera pública y privada. Esto nos lleva al terreno de la experiencia, concepto que involucra un encuentro de la mente con el mundo que participa en la creación de objetos de interés y pasión, da forma a los deseos incipientes y defiende en contra de las angustias presentes³⁶. La experiencia en tanto ocasión única como ligada a otras, más que un deseo conciso o una percepción casual, es una organización de exigencias apasionadas, de modos persistentes de mirar y de realidades objetivas. Y es también, además de un encuentro de la mente con el mundo, un encuentro del pasado con el

³³ Por mencionar los estudios de Pierre Bourdieu, **La Distinción**. Madrid, Taurus, 1998. **Homo Academicus**. Stanford University Press, Stanford, 1988. **Campos del poder y campo intelectual**. Buenos Aires, Folios Ediciones, 1983. Bourdieu y Passeron, **La Reproducción : elementos para una teoría del sistema de enseñanza**.. Raymond Murphy, **Social Clousure. The Theory of Monopolization and Exclusión**. Oxford, Clarendom Press, 1988.

³⁴ J.P.Rivers-J.C.Piristiany (ed.), **Honor y gracia**. Alianza, Madrid, 1992.

³⁵ La vinculación entre ámbito académico e intelectuales ha sido analizada, entre otros, por: Andrew Abbott, **The System of Professions. An Essay on the división of expert Labor**. Chicago, University Press, 1988. M.Sarfatti Larson, Op.Cit. y Randall Collins, **The Credential Society : An Historical Sociology of Education and Stratification**, New York, Academic Press, 1979.

³⁶ Peter Gay: **La experiencia burguesa. De Victoria a Freud**, Tomo 1: **La Educación de los sentidos**, México, FCE, 1992, p. 18

presente, de las aspiraciones elaboradas en relación a ese pasado y de las realidades emergentes del presente. Por lo tanto, podría decirse que nace de la lucha y de la colaboración entre la reflexión y las necesidades. Un intercambio que evidencia que la experiencia es una construcción constructiva³⁷. Pero, como señala Peter Gay, esta construcción resulta de una colaboración difícil entre percepciones equívocas generadas por las angustias y corregidas por la razón y la experimentación.

Cuando hablamos de ese aprendizaje, en algún sentido, volvemos a encontrarnos con el concepto de *habitus* de Bourdieu ya que ese concepto le permite escapar tanto de la filosofía del sujeto, pero sin sacrificar al individuo, como de la filosofía de las estructuras, pero sin renunciar a las determinaciones que ejerce sobre el individuo. El *habitus* aparece como un sistema socialmente constituido de disposiciones estructuradas y estructurantes que es adquirido en la práctica y constantemente orientado hacia las funciones prácticas. El *habitus*³⁸ es, entonces, el conjunto de los esquemas de percepción, de apreciación y de acción inculcados por el medio social en un momento y en un lugar determinado; es decir, es un conjunto de disposiciones socialmente adquiridas mediante el aprendizaje. Aparece como la mediación entre las condiciones objetivas y los comportamientos individuales. Hablar de *habitus* es colocar al individuo, y lo mismo lo personal, lo subjetivo, como social y colectivo. El *habitus* implica una subjetividad socializada y, por lo tanto, es también una dimensión de lo político.

Los intelectuales, más o menos insertos en los campos político y cultural deben desarrollar su actividad atendiendo a esa doble dimensión. Por un lado, buscan generar un espacio en el campo de la política, tanto para ellos como para alguno de sus reclamos legitimándose en la posesión del capital cultural. Pero, por otro lado, deben instalarse en el campo intelectual con las disputas con otros agentes por ocupar las posiciones de poder.

³⁷ Al respecto puede verse Clifford Geertz: "The impact of the concept of culture on the concept of man" e "Ideology as cultur system", ambos en Clifford Geertz: **The interpretation of cultures: selected essays**, New York, Basic Books, 1973. (Traducción al castellano: **La interpretación de las culturas**, Barcelona, Gedisa, 1987.

³⁸ Pierre Bourdieu: **Questions de sociologie**, París, Minuit, 1984, p. 113.

Ahora bien, cómo aproximarnos a esos “agentes”. ¿Es útil una mirada que se detenga en algunas cuestiones biográficas? En principio, la viabilidad depende de la contextualización, y debe ser entendida como herramienta para la comprensión de un fenómeno más amplio, porque una vida individual sólo cobra sentido para la historia cuando está inmersa en un contexto mayor, más abarcativo. No se trata de describir la vida de algunos personajes o figuras sociales como si se tratara de un camino, una ruta, una carrera³⁹. Es imprescindible reconstruir el contexto, la superficie social sobre la cual actúa el individuo en una pluralidad de campos en todo momento; se trataría de establecer la relación entre *habitus* de grupo y *habitus* individual. Al respecto, señala Giovanni Levi, que en última instancia la biografía no es de una persona singular, sino que de algún modo es la de un individuo que concentra en su persona todas las características del grupo⁴⁰.

En ese sentido, entendemos que es útil abordar el estudio atendiendo algunas dimensiones biográficas para poder acercarse a aquellos fenómenos que no pueden ser captados por los análisis macro, pero que sólo son descifrables y explicativos en la medida que respondan a un método que tienda a explicar comportamientos más trascendentes que la mera vida individual. Es una apuesta “temeraria” para tratar de aproximarnos al carácter intersticial, contradictorio y complejo de la relación entre individuo y colectivo, de esa relación permanente y recíproca entre individuo y contexto, que evidencia la fragmentación del espacio social y su conflictividad. Y es también un intento por captar la complejidad de los actores, sus múltiples ámbitos de acción y, en definitiva, las múltiples identidades construidas, aunque se trate de una sola persona⁴¹. Como dice Foucault, cada identidad está sistemáticamente

³⁹ Pierre Bourdieu: “L’illusion Biographique”, en **Actes de la Recherche en Sciences Sociales**, 1986, pp. 62-63.

⁴⁰ Giovanni Levi: “Les usages de la biographie”, en **Annales. E.S.C.**, 44, 1989 [Sur la biographie collective], p. 1327. Sobre biografías también puede verse Ruth Sautu: **Método biográfico**, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1999, Caballé Anna: **Narcisos de luto. Ensayo sobre la literatura autobiográfica**, Madrid, Megazul, 1995 y Amparo Hurtado: “Biografía de una generación” en Iris Zavala: **La literatura española escrita por mujeres**, Barcelona, Anthropos, 2001, Luisa Passerini: “A Memory for Women’s History: Problems of Method and Interpretation,” en **Social Science History**, 16:4, verano, 1992, pp. 669-692.

⁴¹ Al respecto puede consultarse: Sabina Lóriga, “La biographie comme problème” en Jacques Revel, **Jeux d’échelles. La micro-analyse à l’expérience**. París, Seuil-Gallimard, 1996.

disociada, “el plural la habita, numerosas almas se pelean en ellas”⁴². Y su estudio remite principalmente a la experiencia histórica, a sus vivencias. Es una recuperación del sujeto individual para aproximar su propia subjetividad, al mismo tiempo que, brindará elementos para profundizar aquellos aspectos de fondo que hacen a la investigación que se lleva adelante.

A modo de conclusión: la estrecha relación entre el individuo y el contexto, entre la subjetividad del actor y la pertenencia al colectivo de los intelectuales que determinan un paradigma de ideas, formas de comunicación y expresión que recurren a un idioma normativo nos aproximan a las propuestas metodológicas de la *historia intelectual*.

Al mismo tiempo, abordar los temas que preocupaban a los intelectuales y la forma en que se acercaron a ellos, tanto como las respuestas que ensayaron, implica comprender la lógica subyacente en las perspectivas y representaciones y sus efectos en la construcción de los lenguajes y de las propias identidades como un fenómeno social y cultural. Exige, un análisis en donde los discursos ocupen un lugar central, pero atendiendo a la temporalidad y significado de las palabras y la disonancia en las reflexiones y diagnósticos con que se expresaron públicamente⁴³.

El análisis de esa articulación que busca develar los diversos enunciados son formulados en los espacios de sociabilidad. Para alcanzar ese estatus de honor y su consecuente visualización social positiva, estos agentes cumplen con insoslayables ritos de pasaje. Para que un escritor o artista sea reconocido en su calidad de intelectual debe aceptar y cumplir con ciertas actitudes, hábitos, frecuentar determinados lugares, ciertas lecturas o temáticas, acatar ciertas normas de sociabilidad y encontrar una tribuna y un público al que *convencer*. El pensamiento se vuelve acción. Su manifestación pública y su accionar

⁴² Michel Foucault: “Nietzsche, la genealogía, la historia”, en Michel Foucault: **Microfísica del poder**, Madrid, la Piqueta, 1980, pp. 7-8.

⁴³ Sobre esta cuestión se pueden ver a: Quentin Skinner: “Language and political change” en Ball y Farr (Editores): **Political innovation and conceptual change**, Cambridge, 1989 y Bartolomé Clavero: **Tantas personas como estados. Por una antropología política de la Historia europea**, Madrid, 1986.

“pedagógico” le proporciona un carácter simbólico a su apuesta política y le otorga, en definitiva, su calidad de intelectual.

La acreditación de una formación académica puede observarse como un rito en un cierto sentido formal. Como afirma Collins, se puede constatar que entre los distintos tipos de rituales existentes la educación puede ser considerada como un ritual de “índole natural” no rodeado de ceremonias explícitas. Puede considerarse a todo el proceso educativo como un conjunto ritual y nos sólo a algunos de sus eventos formales⁴⁴. El advenimiento del intelectual específico del que nos habla Foucault a partir del siglo XIX y que se consolida en el XX, ha conducido a un proceso de profesionalización cuyo correlato es una educación que cumple una función sagrada en tanto aporta un producto: el graduado o joven profesional. De tal manera, se cierra un círculo que comienza con la institucionalización de unos saberes para que las profesiones puedan crear sus propios mercados, que sigue con los esfuerzos para obtener un determinado tipo de prestigio social que les otorga su tono característico y que concluye con la construcción del gran ritual profesional. En todos estos pasos fue clave el papel de unos sistemas educativos elaborados a su imagen y semejanza⁴⁵.

Dejar registro de sus ideas para un público más extendido, es un desafío que todo aquel que se precia de la condición de intelectual busca enfrentar. Al tipo de escritos de saberes más específicos y la literatura, es habitual encontrar sus pronunciamientos sobre diversas temáticas, avalados por su prestigio, en la prensa. En la colaboración periodística, puede advertirse buena parte de los objetivos de los intelectuales que escriben en medios de prensa de circulación masiva o más restringida a ciertos ámbitos políticos y/o ideológicos. Podrían resumirse en el pretencioso interés de cambiar con sus artículos el rumbo de las cuestiones políticas, o al menos, marcar otra perspectiva, denunciar y presentarse como la vanguardia capaz de señalar el camino más adecuado. Pero, como también es sabido, la relación entre los escritores y la prensa no deja de ser

⁴⁴ Randall Collins, “Market Closure and the Conflict Theory of the Professions”, en Michael Burridge y R.Torstendahl, **Professions in Theory and History. Rethinking the Study of the Professions**. Sage, London, 1990.

⁴⁵ Ricardo González Leandri, **Las Profesiones. Entre la vocación y el interés corporativo. Fundamentos para su estudio histórico**. Madrid, Editorial Catriel, 1999, p.101

contradictoria y tensa ya que por un lado es espacio de expresión, pero por otro asume también la forma de una “servidumbre alimenticia” como la ha llamado Paul Aubert.

En la prensa se encuentran la ilusión de su propia importancia e influencia, un aliciente financiero, una seguridad favorable a la multiplicidad de puntos de vista y de los comentarios que a su vez pueden contribuir a crear y a estructurar artificialmente, o no, más de un acontecimiento⁴⁶. Lo cierto es que se presentan y probablemente estén convencidos de construirse en símbolo de un nuevo poder asentado en el poder de la palabra.

El sentido pedagógico de sus discursos alcanzan mayor efectividad en el contacto directo con el público. Las conferencias, con una composición heterogénea por parte de los asistentes la mayoría de las veces, o escasamente influyente en el campo político que además llegaba convencido de antemano, eran utilizadas para expresar la importancia y la influencia del orador, al tiempo que los intelectuales lo pensaban como un mensaje al poder político, al poder y a los otros escritores. Pero, en este aspecto no hay que correr riesgos de perder la historicidad.

Con estas acciones los intelectuales construyen al tiempo que participan del rito. Es lo que es y lo que pretende ser, es un acontecimiento con una configuración discursiva (Aubert: 60). A partir de ellas, el intelectual se arroga el monopolio del discurso autorizado y legítimo. Dicho de otro modo, para el intelectual hablar a la opinión equivale a hablar de si mismo (Aubert: 63). La ambigüedad de este discurso es el de la sociedad que lo genera o podríamos arriesgar, el de las contradicciones de un personaje. Su discurso esta plagado de silencios, se vale de referencias simbólicas abstractas. La causalidad del discurso parece más fuerte que la finalidad. Silencios y énfasis que pueden ser pensados como tácitos y conscientes al tiempo que son también producto del inconsciente.

⁴⁶ Paul Aubert: **El acontecimiento. La prensa de los siglos XIX y XX**, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1986, p. 47.